

y quedaréis completamente redimidos : llegád ; que aquí está un Dios muerto por nuestro amor, y viviréis eternamente : llegád ; no abuséis de ese tiempo que se os concede, porque ¿quién sabe si este será el último de vuestra vida? Llegád, y hacéd vuestros los méritos, vuestras las virtudes, vuestra la pasión, vuestra la sangre, vuestra la gloria del mismo Dios : todo es vuestro en el momento en que os decidáis. Llegád á aprovechar este momento, del que tal vez pende vuestra eterna felicidad, que á todos deseo. Amen.

DISCURSO.

NECESIDAD DE NO MALOGRAR EL TIEMPO, Y DE PENSAR EN EL NEGOCIO DE LA SALVACION.

PARA EL MÁRTES DESPUES DE LA DOMINICA
DE PASION.

(DE TRONCOSO.)

Tempus meum nondum advenit ; tempus autem vestrum semper est paratum.

Mi tiempo no ha llegado todavía : el vuestro siempre está á punto.

S. Juan, c. 7. v. 6.

¡Cuán rápidamente pasa la vida del hombre sobre la tierra ! Cual meteoro fugaz, cual vana sombra que no deja tras sí el mas leve vestigio de su rápido curso, así es, dice Job, nuestra existencia en este mundo. Breves son y llenos de miserias nuestros dias ; apénas nacemos, cuando ya marchitos, como la flor del campo, somos arrojados entre la podredumbre del sepulcro. ¡Y si este fuese el último término del hombre, si nada tuviese que temer, nada que esperar mas allá de la tumba!... Pero no ; un porvenir, eternamente feliz ó desgraciado para siempre, nos está reservado al fin de nuestra carrera : un Dios justo, un juez inexorable, un tribunal severo, cuya sentencia debe decidir de nuestra suerte por toda una eternidad. ¡Oh, qué serie de reflexiones tan profundas, amados míos, se desprende de esta verdad católica ! Imposible parece de todo punto que el hombre pueda permanecer tan insensible y apático á lo que debiera formar el asunto de una meditacion continua y jamas interrumpida. El sol que desaparece diariamente de nuestro

horizonte; la luz del día sobre la cual la sombría noche viene á extender su negro y enlutado manto; las corrientes impetuosas de los ríos, á las que vemos precipitarse hácia el Océano para perderse en sus abismos; todo en fin en la naturaleza nos predica nuestro destino; todo nos dice que nuestra vida es de pocos momentos, que solo Dios sabe y tiene presentes los días y los meses que hemos de existir en esta mansión de destierro, y que nuestra verdadera patria es la eternidad. La eternidad! sí, católicos, hácia ella nos encaminamos todos los días, á ella nos dirigimos á pasos agigantados; cada instante que pasa por nosotros, cada respiración que sale de nuestros pechos, cada palabra que nuestros labios vierten, nos arrastra insensiblemente hácia aquel momento último; en que desapareciendo para nosotros todo cuanto existe, se disiparán los astros como el humo, cesará el tiempo, vacará el espacio, y solo nos veremos rodeados por todas partes de lo inmenso y de lo infinito. Hé ahí, católicos, *el tiempo de Jesucristo*, ese tiempo que hoy nos dice, *no ser llegado todavía*; pero que ha de llegar indefectiblemente, cuando en toda su gloria y majestad vendrá á juzgar el mundo por sus malas obras. Qué tiempo tan temible! qué momentos tan tristes! Allí el hombre solo, aislado, acompañado únicamente de sus obras que no le abandonarán jamás, verá elevarse en su presencia aquel juicio sin apelación, que va á dar principio á una nueva era de goces sin término, ó de padecimientos sin fin; y entónces, ¡cuán distintos serán nuestros pensamientos, cuán diversas nuestras ideas de las que nos ocuparon mientras vivimos! El impío, que en el mundo se elevaba insolente contra el Dios que la naturaleza le predicaba, insultando procaz al que temblando adoran los cielos y la tierra, reconocerá á su pesar, que su gloria duró poco, según la expresión de Job, y su gozo no fué mas que de un momento. «¿De qué le servirá entónces el haber remontado hasta el cielo su altivez, y tocado con su cabeza las nubes? Al fin será arrojado fuera como basura, y los que le habrán visto, dirán: qué se hizo de él?» *Quasi sterquilinum in fine perdetur, et qui eum viderant, dicent: ubi est?* (1) No, no se oirán entónces aquellos gritos alevés, con que viviendo se exhortaban los malos á lanzarse en el piélago de las delicias, á ceñir sus sienes con olorosas flores, y abusar en los

(1) Job, c. 20. v. 7.

amenos prados del placer de los goces de una desenfadada lascivia: oiránse sí los gritos de la desesperación, el *Ay de nosotros, porque pecámos!* que corroyendo las entrañas del culpable mortal, le hará dirigirse hácia los montes y decir: despólmáos y caéd sobre mí; y á la tierra: abre tus senos y sepúltame entre tus ruínas. Pero en vano; la muerte, que en edad prematura cortó y abrevió el término de aquellos días en que insultaba su aguijón y despreciaba su guadaña, insensible ahora á sus voces, huirá del que la invoca. El que un día deseaba vivir para gozar de efímeros placeres, deseará entónces morir por no experimentar tormentos atroces; y á pesar de sus ansias por la disolución omnimoda de su ser, vivirá, pero vivirá sufriendo, en llanto perpetuo y en amargura perdurable, sin que sus gemidos, ni sus clamores, ni sus lágrimas, ni su acerbo padecer puedan cambiar su suerte ni modificarla por toda una eternidad.

Á vista de esto, amados míos, ¿es posible que sea tal nuestra insensibilidad, tal nuestra indiferencia, y el olvido de nosotros mismos tan grande, que viendo pasar por nosotros los días, los meses, los años; cual si de nuestro capricho dependiese el fijar el curso impetuoso del tiempo, como si nos fuese dado el disponer á nuestro antojo de los acontecimientos de un incierto porvenir, podamos vivir tranquilos y bien hallados en el seno de nuestros delitos, sin jamás lanzar una ojeada reflexiva hácia aquel término, á donde con tanta velocidad somos arrastrados? Qué demencia! qué fatuidad! qué estoicismo tan criminal é inexcusable! Verdad es que el Salvador nos dice en el presente Evangelio, *que nuestro tiempo siempre está á punto*, porque siempre podemos convertirnos á él, é ínterin respiremos, nos hallamos en estado de merecer la bienaventuranza eterna; pero es innegable que este tiempo es incierto y contingente, y por tanto siendo un puro efecto de la bondad de Dios, que solícito de nuestra eterna felicidad, nos espera, preciso es no malograrlo y pensar seriamente en el gran negocio de nuestra salvación. Hé ahí el asunto importantísimo que hoy reclama de vosotros una atención especial. Saludemos ántes á la Reina de los ángeles con las palabras de Gabriel. *Ave María.*

Que el tiempo no está en la mano del hombre, es una verdad

sobrado palpable y manifiesta, para que pueda ser contestada, ni admitir la menor duda de parte de un entendimiento juicioso y reflexivo. ¿Quién sino aquel Dios, que exento del dominio del tiempo, encierra en sí mismo la infinitud y la eternidad, y resume en la inmensidad de su ser lo pasado, lo presente y el porvenir, puede disponer de los tiempos segun place á su omnipotente voluntad? ¿Quién sino él mide la duracion de nuestros dias y señala el curso de nuestros años para los inefables designios de su incomprendible sabiduría? ¿Podemos acaso los mortales alegar el menor derecho á una existencia, de que nos hicimos indignos desde el instante mismo de nuestra concepcion en pecado? No nace con nosotros el germen de la muerte? Apenas salimos á la luz de este mundo, ¿no resuena ya en nuestros oídos aquel *morte morieris* (1), fulminado contra nuestro primer padre en el Paraíso, en pena de su pecado? Y este pecado que con su sangre inoculó en nuestras venas aquel hombre criminal, ¿no está siempre clamando por nuestro exterminio? Si pues vivimos, si existimos en un mundo que nos arroja de sí; si pisamos una tierra que mil veces hubiera abierto sus senos para engullirnos en sus hondas concavidades; si respiramos un ambiente que preñado á veces de mefíticos miasmas, hubiera podido emponzoñar nuestros espíritus vitales; si participamos de las benignas influencias de un cielo que nos prodiga sus tesoros, pudiendo lanzar sobre nuestras cabezas rayos vengadores, ¿á quién somos deudores de bondad tanta? ¿Quién sino aquel Mediador eterno, que eslabonó el cielo con la tierra y anudó el tiempo con la eternidad, pudo merecernos con su sangre de valor infinito, este tiempo precioso en que produciendo frutos de justicia y de santidad, podamos granjearnos la vida de la inmortalidad?

Esto es un hecho, católicos, y tal que no necesita de una especial demostracion. Solo pues nos importa llamar á nuestra alma á un exámen serio de lo que hacemos y debemos hacer, para no malograr este tiempo precioso, que cual tesoro inestimable, cual vena fecundísima de merecimientos nos ha franqueado la bondad del Señor.

Y desde luego ¿qué es lo que hemos hecho hasta aquí para conseguir nuestra eterna salud? qué uso hemos hecho del

(1) *Genes. c. 2. v. 17.*

tiempo? Volvamos nuestra vista hácia lo pasado; remontémos hasta los dias de nuestra niñez; discurrámos desde allí hasta el dia presente; preguntémos cada cual, ¿cuántos años hemos vivido sobre la tierra? Mas no, no contemos nuestros años, contemos sí nuestras buenas obras; pero, ay! que estas son pocas, y muchos é innumerables nuestros crímenes. ¿Hemos por ventura pasado nuestros dias como Ezequías, considerando su brevedad en la amargura de nuestra alma? (1) ¿Hemos tenido presentes en todo momento, como el Salmista, los años eternos, pensando en reparar las quiebras de los dias antiguos de nuestra vida culpable? (2) ¿Cuál ha sido nuestra correspondencia á las inspiraciones de la divina gracia? ¿cuál nuestra fidelidad en el cumplimiento de nuestros respectivos deberes? ¿Hemos vivido ajenos á los efimeros goces de un mundo alucinador y fementido, ó bien apegados á ellos, hemos sacrificado nuestra conciencia y nuestros eternos intereses ante las inmundas aras de pasiones viles y degradantes? ¡Ay, católicos, qué larga serie de iniquidades ha manchado nuestra existencia! Rellenos están nuestros huesos de los pecados de nuestra juventud, y nada nos resta sino el tormento de nuestros mismos pensamientos, que devorando nuestras entrañas, despedazan, cual verdugos inexorables, nuestro mísero corazón.

¿No es esta una verdad, cuya confesion ingenua nos arranca á cada cual un exámen severo é imparcial de nuestra vida privada? Y si saliendo de nosotros mismos, reflexionamos sobre lo que se pasa en la sociedad, ¿qué es lo que hallamos? Cuando en medio de ese gran mundo, de esa prostituta Babilonia, por do quiera que crucemos las calles y plazas, no se presentan á nuestra vista sino corrillos políticos, reuniones en que solo se investiga con avidéz el éxito de nuestros asuntos sociales; cuando toda edad, toda condicion y sexo solo piensa en inventar medios para agradar y ser correspondido; cuando el lujo, la moda, los trajes, eso que llaman romanticismo y elegancia, forma exclusivamente el ídolo de todas las clases, aún de las mas menesterosas; cuando en las públicas diversiones, en los liceos, en los teatros, á donde vemos correr precipitadamente multitud prodigiosa de personas de todas edades, no hallamos sino otras tantas cátedras de prostitucion, de escándalo y de

(1) *Isai. c. 38.* (2) *Psalm. 76, v. 6.*

incredulidad; cuando no se ven circular sino folletos impíos, que puestos en las manos de una juventud incauta, producen frutos tan funestos, frutos de muerte, de ateísmo y de inmoralidad; cuando el suicidio se mira ya como cosa de moda ó como un rasgo de marcialidad; cuando en suma todo lo que respecta á la moralidad, al orden, á la sumision filial, se considera ya como resto de la esclavitud introducida en tiempos de ominosa memoria; cuando todo esto vemos y contemplamos, ¿podremos ser calificados de intolerantes y exagerativos, si á vista de esta corrupcion, que cual cáncer horroroso corroe y mina la sociedad cristiana, nos atrevemos á decir con David, que *apénas hay uno que obre el bien* (1), que piense detenidamente en el negocio único y que debiera ser exclusivo de su felicidad eterna?

Y ¿cómo podríamos decir que este pensamiento nos ocupa seriamente, cuando aún en las personas ménos accesibles á las máximas del mundo hallamos una indiferencia marcada, una apatía funesta que les hace posponer este negocio á todos los demas, que solo miran á la vida animal? Decíldo vosotros mismos, cristianos oyentes, ¿no hay entre vosotros muchos, que consagrando la mayor parte del tiempo á vuestros intereses temporales, apénas halláis un instante para dedicarlo á pensar en vuestro eterno porvenir? La educacion de vuestros hijos, la moralidad de vuestros domésticos y las obligaciones de vuestro estado ¿merecen de vosotros una especial atencion, ó las miráis como un objeto secundario y de un orden inferior á los demas objetos terrenales? ¿Poneís todo vuestro esmero en formar sus corazones á la virtud, imbuyéndoles desde su mas tierna edad las máximas indestructibles é indispensables de la Religion santa? ¿Cuidáis solícitos de que nada se omita en el exacto cumplimiento de los deberes que esta impone á todo hombre, desde el momento que llega á los años de la discrecion? ¿Castigáis con entereza sus renitencias y faltas de respeto y sumision? ¿Procuráis... Pero ¿cómo es posible que así suceda, si vosotros sois los primeros en dar el funesto ejemplo de la trasgresion á los divinos preceptos; si cuando se habla de la santificacion de las fiestas, de la observancia del ayuno y demas leyes eclesiásticas, ya que no os burléis de todo, como de prác-

(1) *Psalm. 13. v. 3.*

ticas introducidas por el fanatismo de los siglos de ignorancia, las miráis empero como prácticas difíciles, imposibles, tiránicas, y no hacéis el menor escrúpulo de traspasarlas? Y todo esto qué prueba? Lo que dijo Jeremías: «que no hay ninguno que medite de corazon en el único y solo necesario negocio de su salvacion eterna:» *Nullus est qui recogitet corde* (1).

Y cuál es el origen de esta impasibilidad funesta? Yo lo hallo, señores, en la ilusion que los hombres se hacen acerca del tiempo. Como Jesucristo ha dicho en el presente Evangelio, que nuestro tiempo siempre está á punto; *tempus... vestrum semper est paratum*, persuádense comunmente que siempre será ocasion oportuna para volverse á Dios, y lo aplazan para la hora de la muerte, sin reflexionar que este momento es puntualmente *el tiempo de Jesucristo*, tiempo de venganza y de expiacion terrible: abusan de los años que les son concedidos para obrar el bien, é insultando la suma Bondad, pretenden legitimar su indolencia con un lenguaje hipócrita, que en sus labios es la ironía mas amarga. Qué! (dicen) estos mismos medios que hoy me concede el Señor para salvarme, ¿no me los concederá tambien mañana? ¿Qué inconveniente pues puede haber en diferir este negocio para tiempo mas oportuno? Gran Dios! ¿es concebible semejante delirio en hombres dotados de raciocinio? ¿Dilaciones, cuando se trata de una cuestion de vida ó muerte, de una felicidad eterna ó de una desgracia sin fin? Qué monstruosidad! Suponed que á un hombre se le diga: mañana correrá riesgo tu existencia; tus dias se hallan amenazados; una suerte infausta te está preparada. ¿Permanecería este hombre inmóvil en una engañosa seguridad, sin hacer investigaciones acerca de la verdad del aviso? Imposible! esto repugna al instinto de nuestra conservacion. Y ¿no repugna, señores, el reirse estoicamente de las amenazas de la Religion? Imaginád un viajero que cansado del camino, tiende sus miembros y reposa tranquilo al borde de un abismo; un movimiento involuntario, un sueño que le asuste, le precipita sin recurso. Un amigo pasa á la sazón, le contempla, se estremece, tiembla por los dias del desdichado, acércase á él y le arranca de aquel funesto sueño. Vosotros creeréis sin duda que este hombre al reflexionar el peligro en que se hallaba, va á abrazar á su protector prome-

(1) *Jerem. c. 12. v. 11.*